

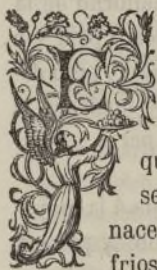
EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Cartas sobre la Educacion*, por D.^a Angela Grassi.—*Los Pájaros*, por D. José Gonzalez de Tejada.—*Una Rosa marchita* (poesía), por D. Manuel Gutierrez de la Vega.—*Casarse por carambola* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 834, bis.—*Grabado de Labores*, núm. 55.

REVISTA DE MODAS.



L invierno, que despoja los árboles de su verde ropaje robando á la naturaleza todas sus galas, hace brotar las verdaderas flores de la Moda, que arrastrándose lánguida en los meses de Otoño, meses de transicion, renace fresca y graciosa con los primeros frios del invierno. Los salones aristocráticos de la condesa de Montijo, los de los representantes de Rusia en esta corte, y los de los duques de La Torre é Híjar han sido los primeros vergeles donde la Moda se ha mostrado en toda su exuberante lozanía, entre los acordes de la música; los graciosos giros del baile y los delicados conceptos de nuestros poetas. Muchos son los salones que han seguido la iniciativa por los anteriores tomada, y estas muestras hacen esperar un invierno de los mas animados, acudiendo nosotros á satisfacer nuestra deuda, ocupándonos de trajes á propósito para estas deliciosas fiestas.

En los trajes de sociedad entran por mucho el raso, el grós París y el terciopelo: el brocatel y el Pekin con listas de raso, figuran tambien en primer término, y las combinaciones, hechuras y adornos son cada vez mas artísticas y complicadas, ofreciendo obstáculos que sabe solo vencer una modista hábil y una dama de esquisito gusto. El corte nesgado de las faldas se sostiene especialmente en estos trajes de salon y para estas telas ricas que exigen además excesiva cola. Si la Moda, dando una gran prueba de acierto, la relega de la calle, ¿qué mucho que en los salones quiera desquitarse desplegando

exageradas proporciones? Si tal, cola, inmensurada cola en los trajes de sociedad, dignos y majestuosos este año como nunca! Los de mas etiqueta se confeccionan con cuerpo escotado, redondo ó en cuadro, manga corta blanca, y otra encima perdida, abierta desde su pegadura y forrada de raso. En este gusto hemos visto un traje de terciopelo verde claro, cuerpo muy escotado en cuadro, con manga abierta desde el hombro, y muy larga, orillada de fleco y forrada de raso blanco *mate*: su nesgada y estensa falda, no llevaba mas adorno que tres hileras de lazos de raso verde á cada lado, terminados por fleco tambien. ¡Nada mas suntuoso que este rico y sencillo traje!

Los encajes se anuncian próximos á usurpar al azabache su actual imperio, ó por lo menos á repartir con él los favores de la Moda. ¡Era natural! Los trajes de invierno sin encaje son la primavera sin flores! Háblase sobre trajes de un solo color, de medias sotanas, ú túnicas formadas por encajes, de un efecto maravilloso. Una prueba del favor que vuelve á gozar el encaje, es haber lucido una de nuestras primeras damas en una de las fiestas al principio citadas, un traje de *moiré* blanco, adornado de bieses de raso lila, cubiertos de riquísimos encajes; este adorno, que subia en delantal, figuraba corsetillo en el talle, y adornaba artísticamente la manga corta, compuesta de *moiré* y encaje.

Los trajes altos presentan tambien variados gustos, ya adornándose en delantal, ya haciéndose de dos colores combinados. Una dama que figura en primer término en nuestra aristocracia por su



hermosura, su nobleza y su gusto en el vestir, recibía una de estas últimas noches á su escogida sociedad con una sotana de raso color de fuego, adornada de pasamanería negra, que partiendo de la espalda en escapulario cuadrado, se continuaba por el pecho y falda en rico delantal; pero en el género de traje alto, nada mas distinguido que un vestido de raso de un solo color, y encima una media sotana de otro color, que llega solo á mitad del pecho y deja ver media vara de falda, uniéndose con un lazo de la misma tela en el hombro, y dejando ver cuerpo y mangas del traje anterior. La sotana ó túnica, cortada en ondas ó almenas por abajo, puede ir orillada de encaje ó biés de la misma tela, completando tan distinguido traje un echarpe ó cinturón flojo, que se anuda graciosamente en la cadera, dejando sus puntas flotantes: este cinturón debe ser una tira de raso igual al vestido de debajo.

Armonizando con estas hechuras, y especialmente para jóven, recomendamos el lindo capricho de vestas sin mangas, hechas en terciopelo ó raso de colores vivos, como rosa, azul, lila; completándolas debajo una camiseta de ricos encajes que deja salir la manga perdida de la Edad Media, orillada también de encajes, y completándola otra justa interior. Esta combinación armoniza con cualquiera falda que sea de un solo color.

Réstanos hablar de trajes de baile: el tul, el crespon, la tarlatana... ¡ Todo lo ligero! ¡ Todo lo vaporoso! El tul blanco, cubiertas todas sus costuras hasta media falda por rosas y follajes, esmaltadas por gotas de agua! La gasa con grupos de flores y una mariposa en su centro! Las hechuras son siempre la falda imperio, lisa de arriba, ampulosa por abajo, y prolongada cola: algunas se hacen en

tafetán blanco, con volantes de tul tableado Luis XV en toda la vuelta de la falda, al que sirve de cabeza un biés de raso azul ó rosa, llevando túnica de raso de este color cortada en profundos picos con borlas, y encima, sin ceñir el talle, un echarpe de flotante tul. Esta combinación es encantadora.

Los prendidos de flores y encajes para acompañar á estos trajes, toman su forma de los actuales sombreros, viéndose en la necesidad de acomodar sus exigencias á las del peinado: éste se lleva decididamente en el gusto griego, esto es, alto de atrás y con grupos de tirabuzones al lado ó al pié de la castaña, permitiendo los grupos de flores las coronas en forma napolitana, y los prendidos en *pouff* ó en bandós de cintas en torno del peinado.

Los guantes, ese complemento indispensable, lo mismo del traje modesto que del pretencioso, empiezan á anunciarse de una nueva forma, que hace imposible desgarrar el dedo pulgar, contratiempo hoy harto frecuente. En estos nuevos guantes, el dedo nace desde la muñeca, lo que dá al guante mayor solidez, haciendo resaltar mas el contorno de la mano. Inútil es decir, que solo blancos ó paja son admisibles para con los trajes antes citados, pero diremos que para calle los colores mas de moda en la actualidad son, el color *suizo*, *piel de perro* y *gris-plata*, en sus variados tonos.

Nuestra revista ha sido hoy destinada á la mujer del gran mundo, á la que puede mucho, y protege las artes y la industria con sus galas.... Otro día en cambio, atenderemos á la modesta hija y á la virtuosa madre de familia, que con menos riquezas aciertan á realzar sus encantos, y no son por cierto las últimas atendidas en nuestras reseñas.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

X.

Si mal no recuerdo, mi querida hija, tu reclinatorio es de ébano: el ébano es un árbol que se reviste de flores amarillas en la primavera, y cuyo tronco blanquecino hacía la superficie, es muy negro en el centro. Originario del Asia, se dá con mucha abundancia en Etiopía y en las selvas de Ceilan.

Pompeyo, al volver á Roma triunfante, despues de ha-

ber vencido á Mitrídates, trajo un pedazo de esta madera preciosa entre las magnificencias conquistadas. La finura de su tejido, la dureza de sus fibras y la facilidad con que se presta al pulimento, fijaron la atención de los Senadores romanos, acrecentándose su entusiasmo al saber que los pueblos de Asia se servían del ébano para fabricar sus suntuosos muebles, y que los indios hacían con él los cetros de sus reyes, por considerarle superior á toda otra clase de madera, tanto por su duración como por su belleza.

El Senado mandó, pues, traer de los bosques sagrados del Asia una gran cantidad de troncos de ébano, decretando que los obreros que se ocupasen en trabajarlos se llamasen ebanistas, y que la profesión de ebanista fuese con-

siderada como una profesion libre; calificativo que la realzó extraordinariamente en aquellos tiempos, en que todas las industrias eran ejercidas por esclavos, y tenidas por abyectos y onerosas.

Digno era este arte de semejante prerrogativa, pues se le puede considerar casi como una de las artes liberales, requiriendo, génio, estudio, y un conocimiento profundo de la geometría y del dibujo.

Así, pues, la primitiva consideracion de que gozó, no solo fué en aumento, sino que se transmitió hasta nuestros dias, aunque ahora se da indistintamente el dictado de ebanistas á todos los que se ocupan en trabajar y en pulimentar madera, de cualquiera clase que esta sea.

En la Edad Media se elevó el arte de la ebanistería á una altura sorprendente, y todavía se ven en nuestros palacios y en nuestros templos magníficas obras adornadas de preciosas incrustaciones, relieves y esculturas. ¡Y en verdad que no se sabe qué admirar mas en presencia de esos bellísimos objetos, si los enormes troncos que la Providencia multiplica de un modo tan asombroso para bien del hombre, ó el primor del artífice que los pulimenta, los redondea y los torneá, esculpiendo en ellos tantas labores bellas y delicadas!

La madera es una de las cosas mas útiles que poseemos: á ella debemos nuestras casas, nuestros navíos y los muebles y utensilios que nos son indispensables. A ella debemos tambien el fuego que reemplaza á la accion del sol, que ablanda los metales y sirve para alimentar el hogar, centro de la familia.

Plinio, el naturalista, admiraba en su tiempo los árboles corpulentos, bajo los cuales podian ponerse al abrigo de la lluvia quince ó veinte personas; ¡pero cuán grande hubiera sido su asombro si hubiese podido contemplar esos árboles gigantes del Congo, que bastan para construir naves que contengan hasta doscientas!

El Boabab, árbol de las Indias orientales, llega á adquirir unas dimensiones extraordinarias, viéndose algunos cuyo tronco es de 60 piés de circunferencia.

En 1826 llevaron á Inglaterra una hoja de palmera de Ceylán, muy bien conservada, que media once piés de largo por sesenta de ancho.

Imposible seria enumerar los mil prodigios de esta especie que produce la naturaleza, y por lo tanto nos contentaremos con admirar la diversidad de bellos árboles que pueblan nuestros bosques.

Los unos, como el Roble, sobresalen por su dureza y resistencia, otros por su altura como el Olmo y el Abeto; estos son ásperos y de corteza desigual, propios para emplearse en usos comunes; aquellos uniformes y lisos, como el Arce, el Plátano y el Álamo, y se destinan para hacer las obras primorosas que adornan las habitaciones de los ricos.

Pero del mismo modo que excita nuestra admiracion la útil madera, aunque tosca é informe, haciéndonos reconocer los maternales desvelos de la Providencia para nuestro bienestar, deben excitarla esos mármoles preciosos que ha escondido en el seno de la tierra.

El mármol es una piedra caliza, lustrosa, de un grano muy fino, dura, pero que salta con facilidad: se encuentra cristalizada en figuras regulares de diferentes planos, y tambien formando grandes canteras. Las hermosas vetas de colores que admiramos en él, deben su origen á las partes metálicas que han rellenado las grietas ó hendiduras abiertas en la masa con la desecacion.

El mármol mas célebre en la antigüedad fué el de Paros, que es blanco-gris, con granos gruesos y confusos, y del cual se servian los escultores griegos para labrar sus obras inmortales. Entre los modernos, los que mas se estiman son los de Italia, y en particular el blanco ó verde de Sicilia, el amarillo de Sienna, el rojo de Verona y el blanco de Carrara.

El mármol portor es negro, cruzado de algunas betas metálicas, y se llama mármol con Mytes á aquel en cuya superficie se perciben conchas petrificadas.

Nuestra España es tambien muy rica en este precioso mineral; en el reino de Granada se vé una montaña de una legua de largo y considerable altura, toda de mármol de una sola pieza, y en Nájera se halla á flor de tierra mármol rojo, adornado de capilares negros del mas sorprendente efecto.

Tambien abunda en Jaspe, piedra de naturaleza de pedernal, de colores bellos y variados, que aunque de mucho menos precio que el mármol, admite un hermoso pulimento, y es muy estimada para adornos.

Y ya que os he hablado de los artífices que imprimen formas nuevas y caprichosas á la dura madera, otro dia os haré una breve reseña de lo que puede hacer el génio del hombre con esos mármoles durísimos: os hablaré de la escultura.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LOS PÁJAROS.

¿Eres aficionada á madrugar, lectora carísima? No creas que te hago esta pregunta por curiosidad, sino por entrar en el asunto de mi artículo. Si tienes costumbre de abandonar temprano la cama, de seguro irás al Retiro, ese ma-

nicomio de Madrid, y allí habrás visto millares de pájaros libres, felices y contentos.

Entre paréntesis, ¿te extraña acaso que llame al Retiro manicomio? Si así sucede, es prueba de que no le visitas por la mañana. Allí acuden en las primeras horas del dia la mayor parte de los maniáticos de la córte. Aquel que va

cercado de perros, tiene la manía de la caza: ese que cruza por entre aquellos árboles, andando muy de prisa y con el hongo en una mano y en la otra un vaso de cuero, es un hidrópata, que da cuotidianamente la vuelta entera y prueba el líquido de todas las fuentes; allí se ejercitan varios en la gimnasia, ya moviendo los brazos como los molinos mueven las aspas, ya lanzando un adoquín que han llevado previamente desde no sé dónde, á la mayor distancia posible. En una parte se reúne una sociedad de pollas y pollos á jugar á los aros y al volante, y otra de gallos, á contemplar á las primeras, como el gato contempla al ratón á quien quiere echar las uñas; en otra duerme uno tendido boca abajo, y mas allá, dos jóvenes de distinto sexo hablan de asuntos propios. A todas estas gentes no hay mas que verlas, para conocer que tienen un principio de manía.

En el Retiro, pues, durante las mañanas de primavera y de verano, y sobre el techo del salón en que los Próceres del Estamento se reunían para ventilar los asuntos de la patria, se reúnen millares de pajarillos que cantan y se agitan libres de la pólvora matadora. ¿Qué habla aquella familia menuda en sus incesantes gorjeos? ¿Será aquel acaso su casino, su teatro Real? Si es así, forzoso es confesar que tienen mejor gusto que los hombres. No se encierran en una habitación, espuestos á ahogarse en el humo del cigarro, sino que se reúnen al aire libre, alumbrados por el sol, que luce mejor que el gas, y en una atmósfera perfumada por los mil olores del campo.

¡Pobres pajaritos! ¡Con qué poco son felices!... No se cuidan como los hombres de amontonar dinero para sobresalir entre sus semejantes, para darles envidia y para no ser felices nunca, deseando siempre mas de lo que se tiene. Los pajaritos cuando nace el día, desde la rama que les sirvió de lecho dan gracias á Dios, que les permite contemplar una vez mas la alegría de la naturaleza: abren las alas... y todo el mundo es suyo. Socialistas y comunistas prácticos, no conocen la propiedad; donde ven algo que pueda saciar su apetito, lo aprovechan sin preguntar quién es el dueño. Verdad que no pocas veces espían su culpa con pena de muerte ó de cadena perpétua. El hombre, que es el animal mas dañino de la creación, el que mas se aprovecha de cuanto le rodea para sus necesidades, y aun para sus vicios, y no siempre de un modo lícito; el hombre califica al pajarillo de criminal y se constituye á un tiempo en su juez y su verdugo. ¿Veis aquella red tejida de hilos verdes, que apenas se diferencia por el color de la yerba que la rodea? ¿Veis aquella tendida ballesta medio oculta entre hojas y florecillas, que no parece otra cosa que una rama encorvada? Son instrumentos para cazar pajarillos. El hombre sabe muy bien que el pájaro ha de venir á buscar el grano ó el insecto que allí coloque, y se vale de su golosina ó de su hambre. ¡Cuántas veces utiliza los mismos medios para apoderarse de sus semejantes! Y ya que hablamos de caza, ¿no se os ha ocurrido alguna vez pensar en lo ridículo que es armarse un hombre de escopeta y pólvora, y tantos otros requisitos para matar, y siempre á traición, un pobre pajarillo ó una fugitiva liebre? ¡Triste prueba de la debilidad humana, y al mismo tiempo de la humana soberbia! Para derribar por tierra un pájaro tan pequeño que le oculta á la vista cualquier hoja del árbol, necesita el hombre valerse

de la pólvora, del mismo agente que le sirve para derribar las fortalezas y taladrar las montañas!

¡Qué gozo tan grande debe ser el del cazador, qué reflexiones filosóficas se le ocurrirán sin duda acerca del ingenio y del poderío humano cuando despues de estar dos ó tres horas escondido entre las ramas y la maleza del bosque, inmóvil y sin atreverse á respirar porque nada anuncie su presencia en aquel sitio, ve llegar su presa llena de vida y de alegría, desaparecer por un instante entre el humo de la pólvora y aparecer nuevamente tendida en tierra! Esta escena se repite una vez y otra vez para que el cazador pueda probar á los compañeros su destreza. Con tal que vuelva á casa con muchas piezas, que luego regalará á los amigos, no por afecto, sino por no tirarlas á la calle, ¿qué le importa dejar sin padres á los polluelos que en vano les llaman desde su nido? Cuanto mas pequeño es un sér menos derecho parece que tiene á excitar los sentimientos del corazón. En el nuestro, que es tan grande, ¿cómo han de hacer impresion las penas de un pajarillo? Por la misma razón estoy seguro de que cuando un tigre se almuerza á cualquier viajero, podrá suceder que haga observaciones sobre si tiene la carne mas ó menos magra, pero será muy difícil que le pase por la imaginación la memoria de los hijos que deja la víctima por el mundo, á no ser que sea para pensar que acaso estén mas tiernecitos y sabrosos.

A los cazadores tal vez hagan reir mis observaciones; á mí en cambio me dá pena cuando veo á uno de ellos tan armado como si volviese de la guerra, y ciñendo por trofeo una banda de difuntas avecillas. Aquel hombre debe haber pasado un día muy alegre. ¡Ha hecho tanto daño!

Y no solamente las avecillas que el plomo y la pólvora privaron de la vida excitan un movimiento de lástima. Mirad aquel jaulón tan estrecho que apenas pueden alzar la cabeza la multitud de pajaritos encerrados en él. Una mujer que podría ser mas útil á la sociedad en cualquier otra ocupación, pero que toma la de vender pájaros como un pretexto para ocultar la holgazanería, los va entregando uno á uno á los muchachos á cambio de algunas mezquinas monedas de cobre. En poder de chiquillos te veas... es una especie de maldición acreditada por la experiencia: calculad, pues, cuál será la suerte de aquellos pobres pajaritos. El entregar estos á los niños, no solo es cruel con respecto á aquellos, sino con respecto á los segundos, porque se les endurece el corazón desde tierna edad, acostumbrándolos á tomar como diversion el hacer daño.

Vosotros, que habeis venido conmigo al campo á contemplar los pajaritos libres y felices; vosotros que los habeis visto saltar de rama en rama cantando sus amores y su alegría sin temor, sin envidia, sin ambición; vosotros comprendereis cuán grande debe de ser el suplicio de esos gorriónillos, que sujetos con un hilo, se creen libres y vuelan todo lo que permite la longitud de este, cayendo luego al suelo entre inútiles esfuerzos. El primero á quien ocurrió esta clase de tormento debió ser un hombre que en alas de la esperanza volase á menudo por los espacios sin acordarse del hilo de la realidad que á todos nos aprisiona.

Condenado el hombre á ganarse el sustento con el trabajo, solo vé en este una pena y no el origen de nobles esperanzas. La envidia le hace creer que él es el único sér de la

creacion que sufre esta sentencia, y por eso goza ampliándola á cuantos le rodean. Ved aquel jilguerillo que, libre al parecer, está, sin embargo, sujeto por una cadena que apenas le permite volar un corto trecho. Cada vez que siente hambre necesita abrir con el pico una caja en que se guarda el alimento, y sostener con la cabeza la tapa tan pesada para el pobre pajarillo, como lo sería la de un arcon de hierro para el imbécil que allí le sujeta. Siempre que la sed le acosa necesita subir un cubo de agua con los pies y con el pico, sosteniéndolo con aquellos mientras bebe. Y el autor de tal máquina y sus amigos gozan y rien mucho contemplando aquello que es casi el suplicio de Tántalo, y sostienen que justo es que se gane el pajarillo lo que come, como si no lo ganara bastante con estar preso y con divertirles con sus acentos.

¿Os parece lectores que los gorjeos del pajarillo suenan lo mismo entre las hojas de los árboles que entre los alambres dorados de una jaula? Yo creo que no. He pasado algunos ratos oyendo en el Retiro á los ruiseñores, y siempre me han parecido artistas mas inspirados que los que cantan en los balcones de Madrid. No puedo asegurar lo mismo respecto de los canarios, porque hasta ahora no he tenido ocasion de verlos ni de oírlos en los árboles del Retiro ó de la Fuente Castellana.

¡Triste suerte la de los canarios! nacen en una jaula mas ó menos grande, mas ó menos lujosa, pero jaula al cabo, y mueren en otra, sin haber podido jamás tender sus alas por el espacio. Esto en general, que no falta alguno que las tienda hasta el tejado de enfrente, viniendo á dar muy pronto en otra jaula nueva, ó en las uñas de un gato de los que salen á callejear sobre las tejas.

El único placer del pájaro encerrado consiste en que le saquen al balcon muy adornado de hoja de lechuga ó escarola. Allí se consuela de la falta de libertad viendo por entre los alambres dorados de su cárcel el azul del cielo, el bullicio de la calle y los tiestos de los balcones. Para los habitantes de Madrid el balcon, la lechuga y la escarola son los jardinillos de las plazuelas, los paseos de la Fuente Castellana y el Retiro. Los bailes y los teatros representan en el hombre el mismo placer que las caricias del amo para el pájaro encerrado en una habitacion lujosa: divierten, y sirven para pasar el rato de un modo mas ameno, pero no llegan al alma, no la llenan de sencillo y verdadero júbilo. Si quereis convenceros de la verdad de esto, id al Retiro un domingo, cualquier mañanita de verano, y vereis allí correr y reir, y dar voces por aquellos bosquecillos, libres y felices, sin acordarse de las penas y del trabajo cotidiano, á tantos y tantas que pasarán encerrados en su jaula el resto de la semana. ¿En qué reunion habeis visto reinar la alegría como en esas que alumbró el sol, y á quien sirve de techumbre el cielo?

Los pájaros, lo mismo que los hombres, viven en el campo, y viven tambien en las ciudades, y de igual modo que en la raza humana en nada se parecen la vida del pájaro campesino y la del pájaro ciudadano. Éste ocupa habitaciones mas cómodas y lujosas, es decir, los huecos que forman las labores esculpidas en piedra en las fachadas de los palacios, las torres de las iglesias, y el tejado que mejor les parece; cuando tienen sed beben en tazones de granito y

mármol, ó sea en las fuentes públicas, y las jaulas orientales en que cantan los canarios y los tiestos de los balcones les proporcionan para regalar el paladar, ya el sabroso grano, ya los tiernos capullos de las flores.

Los del campo no disfrutan tantas comodidades: duermen en las ramas de los árboles, y en ellas hacen su nido, ó á lo sumo en el hueco de una peña; sufren el aire libre, el sol, el frio y el agua, beben en los arroyos, y se buscan el alimento no sé dónde, sobre todo en el invierno, pero en cambio pueden entregarse tranquilamente al sueño sin temor de despertar entre las uñas de un gato; no ocupan casas ajenas de que puede arrojarlos su dueño cualquier día, y sobre todo disfrutan de aire libre y estendido horizonte, y cuando vuelan no ven debajo de sí calles y tejas, sino la verde y movable alfombra de los bosques.

En la sociedad de los pájaros hay tambien como en la de los hombres una aristocracia que necesita variar de clima con arreglo á las estaciones. Ahí teneis por ejemplo las golondrinas que pasan entre nosotros el verano y emigran al llegar el invierno, dejando la casa puesta y amueblada para cuando vuelvan. Si pudieran hablar, si escribieran sus recuerdos de viaje, ¡qué cosas podrían contarnos! Y ellas de seguro se refieren algo mutuamente, y de seguro hablan de sus expediciones con los otros pájaros en sus juntas matinales. ¿Siendo tan grande el mundo, siendo tan ancho el camino del aire que cruzan, quiéngua á estas avecillas para volver siempre al mismo nido, para reconocer sin equivocarse el palacio ó la cabaña en que vivieron el año anterior.

Otra pregunta que me ocurre. ¿Se heredan de padres á hijos estas viviendas, esos palacios aéreos en que la puerta y la ventana son una misma cosa? Yo creo que sí, al verlas ocupadas todos los años en la misma estacion. ¡Qué pena tan grande la de las pobres avecillas, cuando al volver de otras regiones no encuentren ya la choza ó el palacio en que sus abuelos y ellos se recojian por las noches, y criaban sus hijos! Cuánto trabajo por hallar un sitio á propósito donde edificar otra, para reunir los materiales y para construirla! Cuántos viajes necesitará hacer una pareja de aves para buscar y traer las diferentes cosas de que su nido se compone! Mirad en aquella torre uno de cigüeña. ¡Qué cantidad de ramas secas hay en él, y con qué solidez, con qué arte deben estar colocadas, cuando han resistido á todas las inclemencias del invierno! Las cigüeñas deben saber mucho de mecánica de estática y de arquitectura. Pero yo os estaba hablando de pájaros, y las cigüeñas no son propiamente pájaros, sino aves. Si desde los pájaros chicos pudiera pasar á hablarlos de los pájaros grandes, ¡qué de cosas podría deciros! y en Madrid los hay de unas dimensiones! Hay tantas clases y variedades de pajarracos y de pájaros de cuenta! Dejémoslos, sin embargo, y contentémonos por hoy con los pájaros pequeños, de los cuales he hablado ya tanto y tan mal, que temo que digais que tengo la cabeza á pájaros.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



UNA ROSA MARCHITA.

Rosa, que ayer estabas
Fresca y lozana,
Exhalando tu aroma
De mirra y ambar,

¿Qué te ha pasado
Que marchitas tus hojas
Estoy mirando?

La brisa que se mece,
Las otras flores
Á quien dabas envidia
Con tus colores,

Están ufanas....
¡Solo tú vives triste
Rosa del alma!

Cuéntame tus pesares,
Flor de mi vida,
Y el misterioso anhelo
Por qué suspiras,

¿Cuál es la causa
Del pesar que tu cáliz
Llena de lágrimas?

Si de amor es tu pena,
Si amor te mata,
Yo consuelo te ofrezco,
¡Flor desgraciada!

Y allá, á mis solas,
Reanimaré mi llanto
Tus místicas hojas.

Que también en un tiempo
Ciego adoraba,
Y el olvido inclemente,
Marchitó el alma.

Ven, flor hermosa,
Que yo guardo consuelos
Para el que llora.

MANUEL GUTIERREZ DE LA VEGA.

CASARSE POR CARAMBOLA.

(Continuación.)

De improviso turbó el silencio que reinaba en torno una extraña melodía; varias voces cantaban á coro un estri-
villo, cuyas notas agudas y prolongadas por los ecos, pare-
cian largos alaridos.

—¡Jesus! ¡Ave-María Purísima! ¿Oís? dijo Fernando, santiguándose. Esa no es música religiosa ni mundana. Tie-
ne algo de infernal. Hoy es sábado! ¿Si estarán las brujas

celebrando su conventículo! Vámonos, vámonos de aquí corriendo! que así temo á los maleficios, como á la Santa Inquisición.

D. Enrique, mas valeroso, echó mano á la espada, y fué á ver lo que aquello significaba.

Bien quiso el pintor seguirle; pero ya fué torpeza, y otra cosa, ello es que á cada paso tropezaba con los frag-
mentos de las ruinas, y varias veces estuvo si cae ó no cae; por último, sus rodillas se aflojaron, y tuvo que sentarse.

Calló el coro, y una voz argentina y vibrante comen-
zaba á entonar otra copla en extraño dialecto.

Al canto siguió una explosión de palmadas y voces que gritaban: Bien por Azucena! ¡Viva la flor de las gitanas!

Oír aquello, y afirmarse las rodillas del pintor, fué cosa de un momento; levantóse, y con seguro paso dió la vuel-
ta en torno de la muralla, y tras ella vió á diez ó doce gi-
tanos de ambos sexos calentándose al pié de una hoguera encendida entre dos trozos de columna: hombres y mujeres se hallaban sentados en el suelo, con los codos apoyados en las rodillas y la barba metida entre las manos.

Azucena de pié, á poca distancia de los otros, cantaba, trenzándose los cabellos. Pepillo, el idiota, la miraba estúpi-
damente, presentándole un cacho de espejo. Ni la Reina de las Españas y sus Indias sentada en frente de una luna ve-
neciana, y viendo en ella reflejarse todas las perlas y dia-
mantes de la corona, podía experimentar el placer que Azu-
cena sentía, cuando engalanada con sus cuentas de vidrio y sus caireles de similor, se miraba en aquel roto y descas-
carado espejo. Sonriendo á su imagen propia, y sacudiendo la cabeza para ver relucir los perendengues que admiraban al cojuelo; éste no cesaba de repetir entre dientes:—¡Ma-
ñana bailará conmigo el fandango! Qué gusto! Qué gusto!

—Verás que lapo llevas si no te estás quieto! estaba di-
ciéndole Azucena en el momento en que sintió el pobre idiota el golpe de una mano que cayó sobre sus espaldas, al mismo tiempo que una voz decía en tono alegre: Bienve-
nidos sean la sílfide y el oso.

Azucena palideció ligeramente; después se puso encar-
nada, sonrióse, y sus ojos parecían buscar algo entre las sombras; y algo debió vislumbrar, porque se redoblaron los latidos de su corazón, y sus pupilas adquirieron un brillo extraordinario.

Los gitanos, á vista de aquel intruso habíanse levanta-
do, llevándose la mano al cinto.

—Hé! poco á poco! no hay que sacar las navajas para un amigo. Azucena sabe que lo soy, dijo el artista, que no las tenía todas consigo.

—El señor es de los nuestros, dijo Azucena tomando cier-
to airecillo de protección. Es parroquiano y huésped de nuestro amigo Chinchilla, cuyo retrato ha hecho de valde. Porque además de ser un grande artista, añadió enfática-
mente su fiadora, es todo un caballero. El bueno de Chinci-
lla no se causa de hacer elogios del señor, y de su íntimo amigo el conde de Peñaflo. Los gitanos se dieron por sa-
tisfechos de los informes, y volviéronse á la lumbre, sin atreverse á traspasar el séptimo precepto, no tanto por te-
mor á la culpa, como por miedo del castigo. La guardia no estaba lejos, y hubiera sido espuesto el asaltarle; otro gallo les cantará si el encuentro hubiera sido en despoblado.

—¿Qué viento favorable os ha traído por aquí? preguntó el pintor á la bailarina. Yo creí que no saliais del territorio de ambas Castillas.

—Los gitanos somos como las aves de paso. El estío nos hace buscar las montañas, y el invierno es quien nos trae á los países templados. Venimos á ver florecer los naranjos de Valencia.

—¿Y os detendreis muchos días en Murviedro? Supongo que lucirás aquí tu garbo?

—Mañana: ni un solo día mas, se apresuró á decir el que parecia jefe de la cuadrilla. En esta tierra no se hace negocio. ¡Anda la gente muy lista! Ya lo sabia yo de sobra! Pero Azucena tuvo empeño en venir.

—Y he venido, y si no me quiero ir, no me iré; saltó diciendo la gitanilla con tono resuelto.

—¿Cómo tal hicieras! exclamó el viejo mirándola con ojos atravesados. Como te apartaras de nosotros seria para in secula seculorum... ¿Qué te habias de hacer sola?... Entrar á servir en donde te harian trabajar, y comer de vigilia en los viernes, en la Cuaresma, en el Adviento y las cuatro Tém-poras del año! Pues hija, buen provecho te haga!.. Y sino puedes irte á un Hospicio, y verás si te visten de sayal, y te hacen ganar la racion hilando y cosiendo estopa.

Azucena encogióse de hombros, como quien dice: Haga yo mi gusto, y despues mas que salga el sol por Antequera! Entretanto el Cojuelo no cesaba de presentar el espejo ante sus ojos: dióle Azucena un empuellon, que le hizo tambalear, mientras ella, con paso firme, bajó las gradas y encaminóse hácia el sitio en que se hallaba D. Enrique observando el aduar de los gitanos.

—Qué tal, señor caballero? díjole en voz tan baja, que tuvo el Conde que inclinarse para oirla. ¿Es ahora vuestra vida tan gloriosa y feliz como yo deseo? ¿Se han realizado vuestras esperanzas?

—No, hija. Mi esperanza lucia como el sol, pero se ha nublado en Murviedro. No es aquí donde podré llegar á la grandeza que me pronosticabas el día que nos encontramos en el camino del Escorial. ¿Te acuerdas?

Un suspiro respondió á la pregunta, y la mano de Azucena buscó á tientas la del Conde para estrecharla contra sus labios y su frente.

En aquel momento la llama de la hoguera despedia un vivísimo resplandor, y la luz daba de lleno en el rostro de la gitana, embellecido y animado por el amor. El júbilo y la pudorosa timidez, que por vez primera de su vida la ruborizaban hacian bajar sus párpados temiendo las miradas de un hombre.

Cuando los alzó, relucieron entre sus pestañas dos lágrimas, que se asemejaban á las gotas de rocío cuando relucen entre los pétalos de una flor. Habia en su actitud, en su turbacion, en su apasionada sonrisa un encanto irresistible. El desdeñoso capitán estaba subyugado, y no pudo menos de fijar sus miradas en aquella hermosa y enamorada criatura, y sentirse conmovido hasta el fondo de las entrañas.

—¡Qué guapa estás! la dijo, procurando afectar una indiferencia que no sentia. ¿Te has engalanado para bailar esta noche á la luz de las fogatas? ¿Vais á celebrar alguna funcion en Murviedro?

—No señor. A Murviedro no he venido para bailar.

—Has abandonado la profesion de bailarina? Pues no era del todo mala!... El público te colmaba de aplausos, y recojias muy buenos cuartos.

—Y muy buenos doblones! que guardo y guardaré toda mi vida, para memoria del generoso caballero que me los dió el día que bailé delante de su ventana en el parador de Cinchilla. Se acuerda Vd.?

—Cómo! ¿guardas todavía las monedas que te dió Fernando? Pero, hija, con ese dinero podias haberte vestido y calzado de seda, y aun tendrias para comprar un aderezo de cuentas de todos colores.

—Ya lo sé! pero estos doblones me han venido de vuestra mano, y en memoria vuestra los he de guardar mientras viva. Mirad, los he agujereado y aquí los llevo en la garganta; y al decir esto, descubria la suya medio encubierta por un pañuelo bordado con lentejuelas; regalo que, pocas horas antes, habia recibido de un gitano, que sabe Dios á que valencianita se lo habria escamoteado.

—Lo que me pasma, dijo el capitán, es que tus compañeros no te quitan esas medallas.

—Ya me las han querido quitar, pero antes me quitarán la vida; y para defenderla tengo aquí un alfiler que pincha de lo lindo.

—Canario! exclamó el Conde, al verla señalar á su cintura, y al puñalito que llevaba metido en una vaina de cuero. Eso me prueba que sabes defender tus derechos de propiedad.

—No soy cobarde, ni tibia, repuso la gitana. Ójala supiera hacerme querer, como sé hacer que me teman.

—¿Pues qué no te quieren los gitanos? preguntó el Conde fingiendo que no comprendia.

—Los gitanos, sí señor, ¡vaya si me quieren! por dar-me gusto han venido á Murviedro!

—Y tú, ¿qué interés tenias en venir aquí? ¿No estabas contenta en la corte?

—No, en la corte me acordaba de Vd., y aquí podia verle.

Azucena era hermosa, ya lo hemos dicho. El Conde tenia veinte y cinco años, y no era ningun José. Por consiguiente, cayó en la tentacion, y acercándose al oido de la ingenua y harto despetitada niña, murmuró:—Ahora no puedo detenerme, mañana vendré solo, y hablaremos.

—¡Hola, capitán! ¿Dónde os habeis metido? preguntó á voces el pintor, que le andaba buscando. Me pareció que ya es hora de ir á casa del señor Tejeiro.

—Allá voy! por tí aguardaba, dijo el Conde presentándose, mas no sin haber murmurado al oido de Azucena: Al anocheecer, junto á las ruinas del Anfiteatro. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana! ¡Me ha dicho hasta mañana! decia la jóven. Oh! me ha dado una cita. ¡Me ama, y es tan hermoso! Quieran ó no quieran mis compañeros, aquí me quedaré. Si D. Enrique me ama, adios libertad. Adios corre-rias, Azucena tendrá un dueño que la mande.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

LABORES.

En este número, como en el del 31 del pasado Octubre, hemos aumentado por extraordinario un grabado mas á los que venimos dando hace mucho tiempo, y que se distinguen por su utilidad y la belleza de su ejecucion. Esta es una de las mejoras que nos proponemos hacer en el año de 1867, y que completará nuestro periódico, haciéndolo el mas rico de adherentes que se publica en Europa.

Una labor de encantadora novedad, propia para uso de la estacion, y de ejecucion fácil, ostenta hoy el grabado adjunto. Es una tira de *crochet* tunecino, con flores bordadas con seda, de un efecto tan nuevo como lindo, y que puede servir, uniendo varias tiras, para alfombra, almohadon ó portier: para esta última aplicacion deberian alternarse las tiras con otras de terciopelo, resultando un objeto de salon rico y distinguido.

Necesítase para esta labor estambres de Berlin grosella, negro y blanco, seda amarilla gruesa, botones de terciopelo negros, y aguja *crochet* de marfil ó boj. El centro de la tira es grosella, y la cenefa de cuadros blancos y negros, debiendo ejecutarse en sentido transversal, y con tres ovillos de distinto color, pasando la hebra, que no hace falta, por debajo, hasta el sitio en que deben emplearse. Para

quien no tenga costumbre de ejecutar esta clase de labores, es sistema mas sencillo hacer el centro solo, y cada tira de cuadros por separado, uniéndolas por el revés con la aguja del mismo *crochet*, pero cuidando de que resulten bien enfrente los cuadros.

Concluida la tira del largo que se necesita, pasan á bordarse las margaritas con seda, haciendo cada puntada de todo el largo del pétalo, mas juntas del extremo superior que del inferior, ocupando el centro un boton de terciopelo negro. La distancia á que deben ir, y el largo de cada pétalo, se obtiene contando las vueltas de tejido que ocupan, y muestra perfectamente el dibujo.

Sirve, como antes decimos, esta linda labor para almohadones, alfombras, sobre-camas, portieres, etc., bien uniendo tiras iguales, bien intercalando otra del mismo ancho, de terciopelo verde, reps ó epinglé de lana gris.

Inútil nos parece advertir que el color del fondo puede variarse si ha de jugar con sillería de otro color, bordando entonces las flores blancas, si no son admisibles doradas, que son las de mejor efecto.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 834, bis.

Núm. 1. *Cofia* de tul, que ocupa la parte superior de a cabeza, prolongándose en punta por delante, orillada de encaje y lazadas de terciopelo verde encima: una cinta sujeta con una rosa blanca va en el centro, cubriendo otra cinta que atraviesa la cofia, bajando á formar lazo por detrás debajo del peinado.

Núm. 2. *Gorra* de muselina lisa, de fondo caido y atra-vesado por bavolet de encaje: la parte superior va adornada de un cuadro de bullones de tul, separados por entredoses y rodeado de puntilla igual á la que va rizada por delante. Lazo de muselina orillado de cinta amarilla, y bridas iguales.

Núm. 3. *Gorra-fanchon*, de muselina, guarnecida de cinta y encaje, y con aplicaciones de encaje, rodeadas de cinta azul en el centro, y las caidas. Lazo de cinta á un lado.

Núm. 4. *Cofia Matilde*, compuesta de un redondo de encaje Cluny, guarnecido de un plegado de muselina orillado de puntilla igual al fondo: un segundo plegado forma bavolet, y las bridas, compuestas de tiras de muselina y entredos orilladas de Cluny, atraviesan la cofia por encima.

Núm. 5. *Cuello* y *manga* de muselina doble, y recor-tada en cuadros de una sola tela ondeados de feston, y con flor en el centro.

Núm. 6. *Cuello* y *manga* de Holanda, orillados de bor-dado de color, á punto ruso.

Núm. 7. *Cuello* de puntas, y *manga*, bordados y guarnecidos de valenciennes.

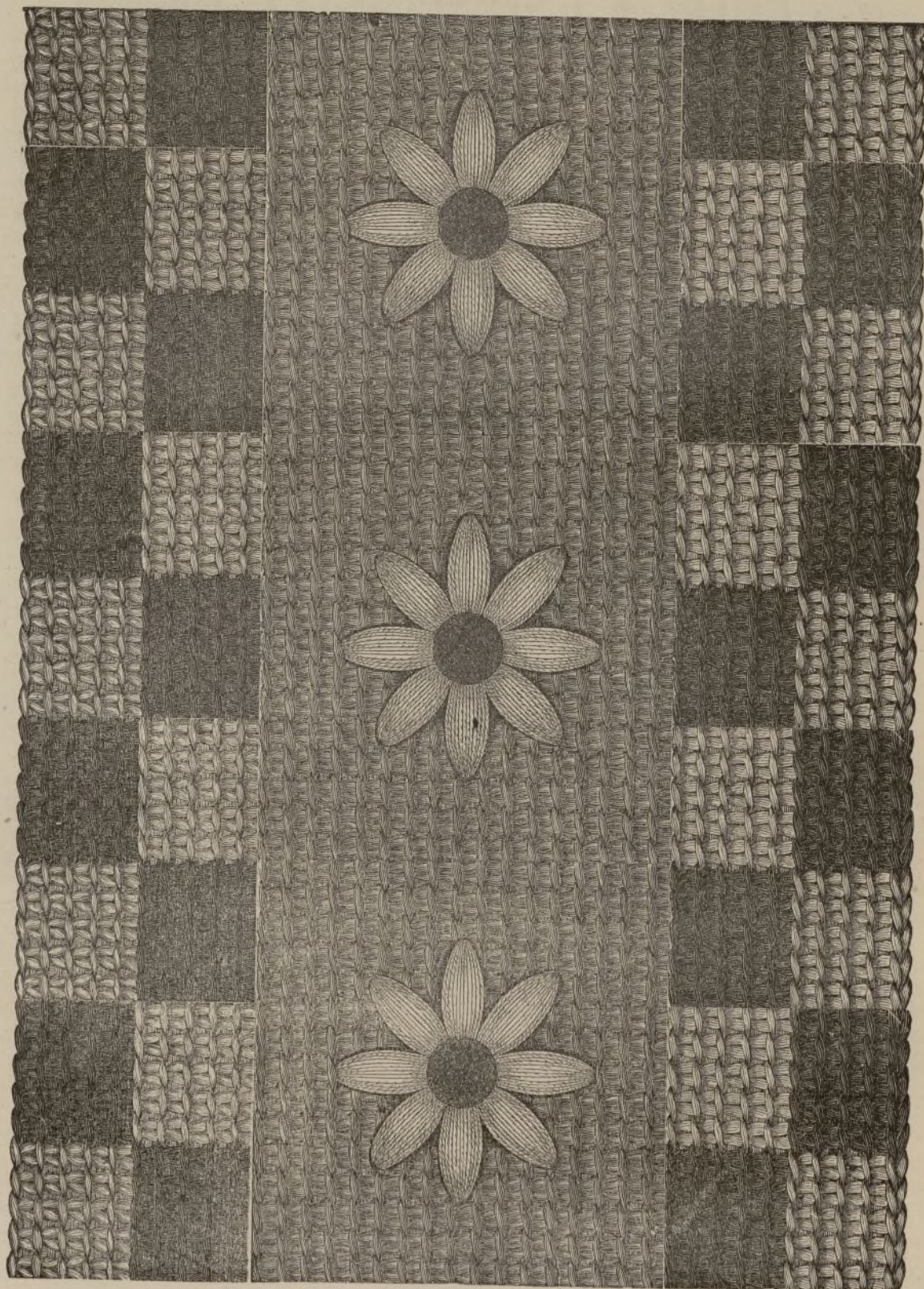
Núm. 8. *Camiseta-chambra*, de percal, plegada y adornada de entredoses bordados, que dan la vuelta al cue-llo y bajan por delante: cuello liso, vuelto y sujeto por dos botones. Mangas de codo, con vuelta, que hace juego, y entredos en la pegadura.

Núm. 9. *Camiseta Mosquera*, redonda por delante y adornada alrededor de pliegues, sujetos de trecho en trecho por tiras festonadas: cuello alto, y manga de codo con tiras festonadas tambien en el bajo.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 37.

Núm. 55.

